

la. En este grupo cabe citar también el de Arón Cohen y Agustín Fleta, centrado más sobre la otra parte importante de los aspectos médicos, la gestión médica patronal.

Los restantes artículos sintetizan aspectos que, aunque acotados temporalmente, pueden muy bien considerarse de importancia general y a ello responden: Cristina Borderías describe los salarios infantiles y su valor dentro del presupuesto familiar, centrándose en la Cataluña de la primera industrialización, pero, a mi juicio, con conclusiones muy válidas para otros momentos y lugares geográficos (menor salario donde trabajaban menores); Carmen Sarasúa analiza la edad a la que se iniciaba el trabajo infantil en el siglo XVIII, pero algunos aspectos de este debate pueden servir perfectamente para iluminar otros tiempos; el artículo de José María Borrás Llop, en fin, pone de relieve los discursos –y actuaciones- de las organizaciones obreras españolas en torno al problema del trabajo infantil. Se muestra como la perspectiva de clase les hizo preocuparse de que los niños dejaran de trabajar –aun cuando esto llegue mucho más tarde de lo deseado y las leyes fueran violadas sistemáticamente durante mucho tiempo.

En definitiva, se trata de un trabajo pionero y desde ya imprescindible a la hora de examinar la sociedad española de los últimos tres siglos. Los casos desvelados y desgranados en las páginas de este libro hielan a veces la sangre y nos hacen reflexionar acerca de lo que hoy día esté pasando en otras latitudes –el editor es consciente de ello y lo menciona-.

Termina por cierto Borrás su texto introductorio con la expresión de un deseo: “Damos un paso importante al introducir la categoría de género en el análisis histórico. Ahora sabemos que la edad es también imprescindible.” Yo me uno a ese anhelo de que la historiografía extienda sus análisis a aspectos de la vida humana que a veces ha ocultado, empeñada en exponer las vidas y opiniones de “viejos hombres blancos”.

José M. FARALDO

Universidad Complutense de Madrid

CAZORLA, Antonio, *Franco. Biografía del mito*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

La primera sensación que tuve al comenzar este libro fue que su autor invitaba a los lectores más o menos añosos a recordar cómo sobrevoló sobre su casa la muerte de Franco; una invitación implícita que formula al narrar en la introducción su propia experiencia. La mía fue semejante a la suya en sus rasgos generales, y seguramente compartida por muchos otros lectores nacidos como él, lustro arriba, lustro abajo, en 1963: nuestros padres, hijos de republicanos o socialistas, acabaron sintiendo una combinación de miedo, respeto y quizás un cierto aprecio hacia el hombre que truncó la vida de sus propios progenitores. Nada tuvo de extraño que estimaran al dictador los vencedores de la contienda o sus descendientes. Lo singular es que este sentimiento caló en muchas familias represaliadas durante la dictadura; que se extendiera a pesar de que el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 desató la guerra y derribó

un sistema político democrático; a pesar de la durísima represión de la posguerra o de que la disparatada política seguida durante las décadas autárquicas postrara al país en la miseria. Sin duda, se trata de una operación de reeducación política colectiva que merece figurar entre las grandes de su especie en el siglo XX.

En noviembre de 1975, observa Antonio Cazorla, “millones de españoles creían que el hombre que acababa de fallecer había sido la mejor solución posible para un país difícil de gobernar”. ¿Cómo pudo ocurrir esto? Esa es la pregunta que trata de responder en *Franco. Biografía del mito*. Como su propio nombre indica, no es una biografía al uso del dictador, sino la historia de cómo se forjó y cómo fue evolucionando el mito de Franco; cómo a lo largo de la dictadura su vida y su obra fueron reconstruidas, falseadas, recordadas, narradas y reinterpretadas por el propio dictador, por sus hagiógrafos y por los propagandistas del régimen, para elaborar un mito flexible, capaz de adaptarse a las circunstancias cambiantes del siglo.

La construcción del mito comenzó durante la guerra civil y en ella desempeñó un papel esencial la oficina de prensa que el general organizó al comenzar el conflicto, en la que adquirieron un notable protagonismo periodistas como Luís Bolín, Juan Pujol, Víctor Ruiz Albéniz/El Tebib Arrumi y Joaquín Arrarás, estos dos últimos corresponsales de la guerra colonial en Marruecos que aportaron el lenguaje exaltado utilizado en sus crónicas africanas. Desde un primer momento Juan Ignacio Luca de Tena puso a su disposición las páginas de *ABC Sevilla*. El objetivo del grupo fue legitimar el liderazgo ascendente de Franco en el bando rebelde. De hecho, la figura de Franco comenzó a planear sobre el país conforme asumió crecientes cuotas de poder: llama la atención de Cazorla que en los primeros días de la guerra la prensa de las provincias sublevadas en el norte del país apenas mencionara su nombre; por entonces los protagonistas allí eran el general Mola y los guerreros carlistas y Franco solo empezó a figurar en las primeras páginas conforme sus tropas avanzaron hacia Madrid. Cuando el 30 de septiembre fue nombrado Jefe del Estado, pasó a controlar todos los servicios de propaganda, cuya dirección recayó sobre el general Millán Astray. A partir de este momento, conseguido el respaldo unánime de los jefes militares, su figura se hizo omnipresente en el territorio controlado por los sublevados.

Uno de los primeros pasos en la elaboración de la figura canónica de Franco fue falsear su trayectoria antes de la guerra civil. En la primera parte del libro, Cazorla contrasta cuanto se dijo y escribió antes de la guerra sobre la carrera militar del futuro dictador, con lo que sus seguidores y sus propagandistas contaron posteriormente sobre este periodo. El contraste es apabullante. Por ejemplo, las biografías laudatorias escritas durante o después de la contienda insisten en que desempeñó un papel crucial en la defensa de Melilla ante al ataque de los rifeños en 1921. “Si Franco fue el hombre que salvó Melilla en 1921, nadie entonces se dio cuenta”, concluye Cazorla tras analizar la documentación de aquel año. El mérito de la acción, escribieron por entonces reporteros y analistas, recayó sobre Sanjurjo y Millán Astray, que en las hagiografías del dictador aparecen –cuando aparecen– solo como meros comparsas. En biografías canónicas como la escrita durante la contienda civil por Víctor Ruiz Albéniz, Franco figura en solitario como inspirador y principal ejecutor del exitoso desembarco de Alhucemas en 1925, cuya dirección real recayó sobre Sanjurjo.

Algo parecido ocurrió con el golpe de Estado del 18 de julio de 1936: en el relato oficial construido a partir de la guerra civil, Franco consta como organizador y líder, cuando las fuentes de la época —especialmente la correspondencia cruzada entre los protagonistas— coinciden en destacar que ocupó un lugar irrelevante en la conspiración y durante meses sopesó si secundarla, o no: todavía el 12 de julio expresaba sus dudas, y ante su ambigüedad Mola pensaba en improvisar un plan alternativo enviando a Sanjurjo a Marruecos. El futuro dictador solo se sumaría a la conjura tras el asesinato de Calvo Sotelo. Y al igual que había ocurrido con las campañas africanas, la propaganda fue poco a poco relegando a la función de meros colaboradores en un segundo plano a los otros protagonistas de la sublevación como Sanjurjo, Mola o Queipo de Llano. El relato oficial no dejaba espacio para nadie más: Franco, designado por la Providencia —por el “dedo de Dios”, diría el arzobispo de Granada— estaba destinado a ser quien libertara a España, quien la salvara del caos y la barbarie. En la leyenda del Caudillo salvador, el Alzamiento resultó tan necesario como inevitable ante el caos que imperaba en la república, y la responsabilidad de la guerra recayó sobre los leales al régimen establecido y no sobre quienes se sublevaron contra el mismo: la retórica franquista construyó un mundo al revés en el cual los defensores de la legalidad institucional fueron condenados por el delito de rebelión.

El respaldo casi sin fisuras del ejército, la represión sistemática y brutal de los vencidos, dirigida a extinguir cualquier atisbo de disidencia real o latente, el absoluto control de los medios de comunicación... Franco copó el centro del espacio político y al tiempo que se hacía omnipresente su figura iba cambiando, adecuándose a las nuevas circunstancias: el análisis de esta evolución constituye uno de los grandes méritos del libro. A veces, bastaba con la suma de nuevos atributos; otras, con relegar aquellos que iban dejando de ser eficaces. A la imagen del Libertador acuñada durante la guerra civil y la posguerra se le unió un nuevo matiz tras la Segunda Guerra Mundial: Franco, brillante Caudillo militar, también sabía conquistar la paz y por ello evitó que España entrara otra vez en guerra. Cuando ésta acabó, nada importaba que en la realidad se hubiera alineado ideológicamente con el eje, que debiera su entronación al apoyo del Reich, que el Estado se hubiera definido como totalitario, que durante un tiempo se hubiera generalizado el saludo con el brazo en alto, ni que la dictadura hubiera colaborado con los nazis suministrándoles materias primas, soldados o trabajadores voluntarios. Los propagandistas del régimen pasaron todo ello por alto para construir la imagen del lúcido estratega que había sabido ser neutral, que no escuchó los cantos de sirena de unos y de otros, y salvó a España de una nueva guerra aún más catastrófica, si cabe, que la civil.

Mas no solo era el hombre que había garantizado la independencia nacional durante la vorágine; era el único que podía seguir asegurándola en el mundo hostil de la posguerra; el centinela de occidente, presto a evitar que la influencia de las democracias occidentales llevara de nuevo al país a la anarquía que había conducido a nuestra guerra; vigía permanente ante la amenaza comunista procedente de la Unión Soviética. Sin Franco, aseguraba el discurso oficial, España caería en manos de sus enemigos; vendrían de nuevo la revolución, la guerra y la barbarie. Sostiene Cazorla que ese miedo al caos, difundido unánime, machaconamente por todos los medios y en todos los espacios, sin contestación posible, en un país férreamente aislado del exterior y que aún vivía las secuelas de la contienda civil, fue calando en capas cada vez más amplias de

la población que ya no abarcaban solo a los vencedores. Quebrada toda posible moral de resistencia por efecto de una represión salvaje, en los años cuarenta y cincuenta el Caudillo reforzó su liderazgo por la doble legitimidad de la victoria y de la paz.

El mito dio un nuevo giro desde mediados de los cincuenta y, sobre todo, en los años sesenta. La progresiva apertura de la economía española tras los acuerdos con Estados Unidos y, sobre todo, tras el Plan de Estabilización, abrieron la puerta a una etapa de desarrollo. El principal activo del dictador para sus propagandistas seguía siendo el milagro de haber conseguido pacificar a un país sumido en el caos desde el inicio de la contemporaneidad, y así lo atestiguaron los fastos de los XX Años de Paz en 1964. Pero en estos años la figura mítica se enriqueció con un nuevo atributo. No solo cabía en su haber la preservación de la paz; además, era el hombre que traía la prosperidad, la modernidad y la riqueza al país. De nuevo, el mito chocaba con la realidad: poco importaba que la miseria de la larga posguerra hubiera sido el fruto de la absurda política económica seguida por la dictadura durante la autarquía, que empobreció al país mientras se recuperaban y crecían el resto de los estados de Europa Occidental, víctimas de una guerra mucho más devastadora que la nuestra.

Cuando la economía española creció en los años sesenta, Franco sumó en su haber la condición de gran demiurgo de la prosperidad, motor del milagro económico. Muchos españoles fueron presos de una suerte de síndrome de Estocolmo: víctimas de un largo secuestro, se sintieron agradecidos a su captor cuando aflojó un poco la mano, el país se abrió ligeramente al exterior, llegaron oleadas de turistas y la economía empezó a crecer. Un captor que conforme pasaban los años iba adquiriendo la imagen familiar y cotidiana de un abuelo, el hombre al que habían visto envejecer varias generaciones de españoles, omnipresente en los cines merced al NO-DO y en los hogares gracias a la televisión; un hombre austero, casi un monje, capaz de resistir al lujo y otras tentaciones; que quizás podría equivocarse en la selección de sus consejeros, más no por ello dejaba de ser bienintencionado.

Es entonces, mediados los años sesenta, cuando el mito del Caudillo alcanza una mayor capacidad de atracción. Al acabar la década, la propia modernización del país, el creciente contacto con el exterior, una mayor pluralidad pese a la censura, la reactivación de la oposición a la dictadura en medios universitarios y obreros, el final del boom económico de los años sesenta y, en fin, las dificultades para mantener un férreo control ideológico en una sociedad más abierta, fueron socavando el mito del Caudillo. Al final del franquismo, había perdido buena parte de su eficacia como legitimador de la dictadura y Franco debió recurrir al terror, a la pura y cruda exhibición de la violencia, que al fin y al cabo era el soporte esencial que había permitido sostener al régimen durante décadas. Pues a pesar de que los propagandistas dedicaran un considerable esfuerzo a adaptar la imagen del Caudillo a las diversas circunstancias que atravesó una dictadura longeva, el arraigo de dicha imagen, como señala el propio autor, hubiera sido imposible sin el uso de la fuerza: “El supuesto consenso bajo el franquismo”, concluye Cazorla, “se basó de forma primordial en la represión, entendida esta como violencia directa, temor generalizado y ausencia de alternativas pacíficas”.

Miguel Ángel MARTORELL LINARES

Universidad Nacional de Educación a Distancia